



Posible plenitud del tiempo invulnerable

Susana Zanetti
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

La ponencia se ocupa de la poesía reunida por Alfonso Reyes en su *Constancia poética*, recopilación incluida en el volumen 10 de sus *Obras completas*, para destacar especialmente las significaciones del tiempo, un tema fundamental de toda su producción literaria. Los lazos del tiempo con el instante y con los modos en que se conforma en la cotidianidad, pensados como momentos de epifanía o como *kairós*, es decir, momentos de crisis, que pautan y a la vez dan sentido al transcurso humano. La tradición y los episodios de la existencia individual acuden para tender puentes que suturen las fisuras o las fracturas. El título de la antología confirma esta concepción, con los dos significados de la palabra "constancia", en cuanto apuesta al trabajo para alcanzar permanencia y afirmación, al dar fe a la construcción de un destino fundado en la perseverancia que da el transcurso de los días.

Palabras clave: Alfonso Reyes – *Constancia poética* – poesía – tiempo – *kairós*

... aquí donde las letras pintan

oscuras cábalas.
"Lluvias de julio"

Que eres, como la música, dulce plenitud del tiempo.
"Arte"

En un momento del poema dramático con que Alfonso Reyes resignifica la tragedia *Ifigenia en Táuride*, Ifigenia se duele del vacío de una herencia cultural donde afinar su pertenencia, al escuchar las tonadas de las mujeres mientras hilan. Pero quien ha salvado su cuerpo de la muerte, siente ahora que esa constancia del pasado perdido en el presente aciago requiere una carnalidad cómplice y clave, la de la memoria y los recuerdos guardados en las canciones como "mordiscos secretos en la pulpa de la vida". Ifigenia sólo puede palpar el hueco estéril, de ese vientre que solo puede "criar la noche" mientras las mujeres celebran su capacidad de hilar un tiempo que se vuelve abierto a nuevas experiencias, sensaciones y voces (Reyes 1996: 322-323). Para ellas el tiempo fructifica entonces con sentido en el canto

Cantemos, dando al tiempo
alma y copo, rueca y voz.

Si bien mi trabajo, de hecho tan breve, excluye este poema dramático de Alfonso Reyes, pues he elegido su producción estrictamente lírica incluida en *Constancia poética*, volumen décimo de sus *Obras completas*, me interesó comenzar mi exposición por el comentario de este fragmento de *Ifigenia cruel*, por la densidad que en él adquieren los



vínculos entre cuerpo, tiempo y poesía, tanto como el cruce entre la trama del tiempo, y el entramado del canto, ambos dadores de sentido al hueco de ese tic-tac, cuya amenaza intentan conjurar con modalidades diferentes el relato y la poesía.

El cuerpo y sus sensaciones, a veces como cenestesias, son una continua presencia en la obra poética de Reyes. Se constituye en auxilio valioso para comprender las significaciones de nuestro estar en el mundo, al amparo de la compenetración en ellos de la poesía. De allí que "Los mordiscos secretos en la pulpa de la vida", en el poema dedicado a Mariano Brull, se transfiguren en metáfora del nacimiento de la poesía, definida como "humo de sangre que la vida exhala". Es ésta una poesía en lucha – "vive en agonía" – con las fracturas entre palabra y palabra que, como las que miden la temporalidad, debe enfrentarse con la hostilidad de los hiatos a dejarse escandir, de modo que el transcurso, tantas veces fabulado, albergue la vocación humana de sentido.

El poeta se arriesga aquí, y es una de las pocas veces que Alfonso Reyes enfrenta explícitamente el desafío, a definir la poesía. Retoma para ello la alta lección del soneto en endecasílabos de los Siglos de Oro. La tradición poética será siempre su escudo poderoso ante la erosión de la temporalidad. En el diálogo con el amigo poeta ausente, las fisuras planteadas por la antítesis y la bimetración se sortean en el fluir de las paradojas del tiempo, apresadas en el ritmo del poema recién citado:

Dureza blanda, eternidad ansiosa,
tesoro esquivo, pero nunca vano,
fugitivo cristal, perenne rosa. (Reyes 1996: 458)

Esa misión del poeta de otorgar densidad significativa al tiempo de los hombres se registra ya en sus poemas tempranos, como ocurre por ejemplo en "Oda nocturna antigua", de 1909,

No sólo quiero voces de júbilo,
mas den los vates su aliento máximo,
y con valerosa palabra
den eternidad a los instantes. (1996: 37)

El tiempo guía al poeta mismo para organizar su producción. Ateniéndose a su quehacer poético a lo largo de los años, busca en la continuidad el fundamento de esa consonancia entre comienzo y final, que se constituye en reaseguro de su unidad. Por eso, y para eludir los peligros de valoración que impone la antología, sobre todo cuando ella está a cargo del autor, Alfonso Reyes elige atenerse al transcurso que escande esa tarea de lectura, relectura y escritura, que ha ocupado su vida, para organizar en un nuevo volumen su producción poética, para darle, podríamos decir, un destino último. Elige también darle el título de *Constancia poética*.

El sustantivo encierra significaciones interesantes. Por una parte, habla de "firmeza y perseverancia", y por aquí se introduce la duración, el tiempo en su sucesión, como un derrotero ordenado según una finalidad que el sujeto que lo vive le ha impuesto. La *constancia* frena la veleidad de los momentos dispersos que pudieran dar a los blancos entre poema y poema un derivar contingente; ella dibuja una trayectoria, a la que Reyes apunta al



atenerse a las exigencias de la cronología, e intensifica esta temporalidad concatenada cuando prefiere la denominación de jornada (las "Jornadas de sonetos").

Por otra, *constancia* expresa también "certeza", la "exactitud de algún dicho o hecho". Es decir, el título parece anunciar entre las misiones de la poesía, la de brindar apoyos para desvanecer la incertidumbre, en cuanto da fe de un camino elegido y de sus logros, en cuanto puede también ese libro (el libro es tradicionalmente, desde la Biblia, un modelo de mundo) "dejar constancia", ser ejemplo de la posibilidad de hacerlo, mediante una labor creadora, cualquiera sea la elegida, pues justamente sus poemas no privilegian experiencias y sentimientos especiales, extrañados por la condición de poeta, sino más bien las cotidianas del hombre en el mundo. La certidumbre no esquiva el reconocimiento de la precariedad, límite compartido no solo con los hombres sino con el entero universo, como dice en otro poema de juventud, "La elegía de Itaca":

¡Si hasta la misma tierra, después que el agua pasa
ansiosa se pregunta si ya no pasará! (1996: 41).

"A pesar de la muerte viva en cada minuto!" (1996: 220), en los poemas de Alfonso Reyes no irrumpe fácilmente el pesimismo o el escepticismo. No se habla de caos o de una temporalidad absurda, tampoco recurre a la consonancia apocalíptica. Alienta más bien el goce del instante y la calma aceptación de su fugacidad. Los instantes, motivos que gravitan en su concepción del tiempo, no son furtivo tránsito inocuo e imperceptible: se colman con el candor de la epifanía, son sedimento del recuerdo. Pero, sobre todo, se amalgaman en *kairós*¹, es decir, en momentos de un tiempo pleno de significación en cuanto se vinculan con un fin, que el sujeto comprende generalmente en la reviviscencia de lo vivido con la escritura del poema.

En "Las canciones del momento", incluido en *Cuestiones estéticas* (1911), celebra y adhiere a concepciones del pensamiento clásico de "recoger el día", y cita aquí a Garcilaso, a guardar el "fruto del momento", convencido de que la vida "no es sino una serie de ricos instantes, y ni uno siquiera carece de valor peculiar" (Reyes 1955: 149-150). La vivencia de la temporalidad entrena descubrir y aceptar sus ritmos, sin presumir por ello que puede volverse vulnerable a nuestras urgencias, que pueden borrarse sus huellas o que puede develarnos sus enigmas. Esta última, apuesta de estéticas del pasado, no cala en la suya:

Callan. Sobre la hora solemne de la cena,
el tiempo es una vaga presencia que resuena
y el instante separa el infinito en dos...
Afuera, de temblores y de misterios llena,
la noche llora estrellas sobre la paz de Dios.

("Cena primera de la familia dispersa", 1911 [1996: 57])².

Si en "el dios dormido", de 1910, advierte que "... son los instantes/ cicatrices de la

¹ Tomo este término y su interpretación de Frank Kermode, *El sentido de un final* (1983).

² Véase, entre otros muchos ejemplos, el soneto "Variante a Segismundo", de 1947, cuyo primer terceto dice: "¿Qué será lo que pasa cuando pasa/ que es una eternidad cada minuto/ y el fuego hiela y aun la nieve abrasa?" (Reyes 1996: 431).



vida", los poemas escritos a partir de 1938, especialmente en la década del cuarenta, introducen insistentemente sentimientos de crisis, *kairós* que a veces se llenan de estupor ante ciertas certezas perdidas. La cordura cede a la interrogación angustiada en "Desengaño" ("esto es vivir, memoria, éste es el día / que me ofreciste para mi corona?" [1996: 189]), tanto como se resiste a solo ser reservorio del recuerdo³, o a hacer suyo el consejo que da al pájaro en "Frontera del dolor...", poema de 1940:

Confía sólo en la virtud del trino,
y guarda sólo, en tu desdén hurano,
una dulce quietud ante el destino. (Reyes 1996: 203)

La idea de crisis otorga siempre una densidad medular al paso del tiempo, de allí el temor de que la poesía se pierda en su empresa de darle sentido y derive en la fábula anudada paso a paso en "la novela de la vida"⁴; pero, aunque exprese que prefiere el silencio si no consigue aprehender su temporalidad concentrada, ensaya sin embargo concretarla en el poema, como sucede en "Silencio", de 1943:

Cada vez menos palabras;
y cada palabra, un verso;
cada poema, un latido;
cada latido, universo.
Esfera ya reducida
a la norma de su centro,
es inmortal el instante
y lo fugitivo eterno.
Flecha que clavó el destino,
aunque presuma de vuelo,
déjate dormir, canción,
que ya duraste en exceso. (Reyes 1996: 214)

De un modo u otro, el tiempo es presencia constante en la poesía de Reyes. Acude casi sin excepción a señalarlo a través de los momentos del día, de la rotación de las estaciones, animizados o personificados muchas veces.

Como un trasfondo de sentido, la constante inmediatez de la gente, de los lugares y las cosas, se inscribe en una temporalidad que no insiste en sus disonancias; solo les trasfiere a personajes y objetos su dinamismo o su reposo, al amparo de la sintaxis, de la elección de verbos de movimiento, del ritmo elegido que apela a veces a la dislocación de final de verso para acentuar las relaciones entre las pausas del ritmo y las sintácticas.

En otras ocasiones el metal pareciera clausurar la fluidez de días y noches, de luces y sombras, fluidez necesaria para que la perseverancia del sujeto, su constancia, dé una dirección a su experiencia con el enlace que la consecución supone. Sin embargo, es allí donde el tiempo suele impulsar el canto, es decir, dar paso a la celebración de la poesía,

³ Haciendo suya la idea de Paul Valéry de que la memoria es infiel, prueba más de nuestra variación que de nuestra constancia.

⁴ Véase el poema "En la impaciente juventud" (1996: 210).



valiéndose también de la disposición a la manera de versículos, como los usados en *El descastado* (1917), según los modelos de Claudel o Saint-John Perse.

Repite el estribillo de “La mandolina del otoño”: “En el crepúsculo del año, canta/ ceñida de violetas la garganta” (Reyes 1996: 78), uniéndolo muchas veces, como en este caso, a la gozosa percepción de las flores, presente en muchos ejemplos, entre ellos el intangible o secreto don del poema de su “Arte poética”: “asustadiza gracia del poema:/ flor temerosa, rescatda en yema.../ y se cierra como la sensitiva,/ se la llega a tocar la mano viva...” (1996: 113). O bien recurriendo a sensaciones táctiles (la tarde como “leve piel de nube” [1996: 245]). Otras es esa angustiante cualidad del tiempo de deslizarse impalpable, la que cobra la consistencia de materiales duros o agresivos, que la metáfora tiende a revertir:

... ¡Memorias que el otoño dora
ácidamente con punzante júbilo! (1996: 78).

o bien:

Desnuda la mañana su dorado puñal... (1996: 60).

En el poema “Tonada del acero de la mañana”, ese acero que, como el poeta, sabe cantar, sabe también que la poesía puede guiarnos a los sentidos secretos que la temporalidad posee, siguiendo con la pupila inquieta las variaciones de la luz para engarzarlas en metáforas. La “hoja desnuda” de la espada trasfiere su puro brillo al gris de la ceniza, ceniza etérea que puede vincular espacios, tiempos y experiencias disímiles. Lo vemos en “Tonada del acero de la mañana”, de 1925:

Hay una ceniza dulce
— ¡y hay que saberla bucear! —
en el fondo de la noche
como en el fondo del mar. ...

(Era tan azul e intacta
la luz de la madrugada,
que parecía que andabas
sobre la hoja desnuda
de una espada.)

Por lo general, en la poesía de Alfonso Reyes, la temporalidad conserva esa condición persuasiva, cuyo paso alienta epifanías, o donde cristaliza la capacidad generativa, productora del tiempo, mucho más que su pulsión de muerte. Dice en una de las “Persuaciones”, justamente en la que pudiera connotar más inmediatamente significaciones de muerte, “Persuasión del crepúsculo”, donde los momentos del día se “entretejen”, dando regazo y refugio, atemperando su marcha como para favorecer vivencias, ilusorias vivencias de que “las eternidades cantan”:

Pero cunde por el aire



una gloria fatigada,
grave de germinaciones
y de pólenes cargada.
Besa la frente, y las sienes
acaricia con su ala,
y endulza el sabor del tiempo
al tiempo que se desmaya. (Reyes 1996: 180)

Constancia poética avanza ceñida al derrotero de una vida individual demorándose en esos otros sustentos de la perduración más ampliamente compartidos con la experiencia humana general, como son el hijo, los nietos, la llegada de la vejez, celebrada en varios poemas.

A medida que avanzamos en la lectura, en esa textura de la existencia tan presente en todo el libro, va cobrando peso la conciencia de la muerte próxima, tema de "Visitación", entre otros ejemplos. Si el título lleva a esperar al anuncio de ese nacimiento de dimensión sagrada que promete recobrar la perdida vida perdurable, el poema elude tematizarla, su umbral sigue siendo la aceptación de la finitud y de la comprensión ardua de los sentidos del tiempo. El soneto cierra dirigiéndose a la muerte:

"Más tienes de caricia que de pena."
Eras alivio y te llamé cadena.
Eras la muerte y te llamé la vida. (Reyes 1996: 457)

En otros poemas aparece el tema de los ángeles, cuya presencia es notable en la poesía moderna, y en la de algunos poetas que le son contemporáneos, como Reiner María Rilke, entre muchos otros. Pero en ellos evita también la sacralidad que confiere a los ángeles el doble poder de estar en el tiempo y fuera de él, de participar del movimiento temporal, de su "antes" y "después", sin que melle su perennidad. Si, como afirma en "Cima" de 1943, la existencia implica el duro encierro del diamante —es imposible trasponer sus muros transparentes—, es esta suerte de ostracismo del ser, la que, irónicamente, compartiríamos con lo angélico:

... padece, con ser diamante,
el tormento de los ángeles
que nunca escapan de sí. (1996: 216)

Las posibilidades de perduración están en otra parte, en una de esas significaciones de *constancia*. Están en la continuidad, en la constancia de la tradición y de la historia; sobre todo la familiar y la literaria vuelven una y otra vez para respaldar la posible plenitud del presente⁵.

⁵⁵ La capacidad liberadora de la muerte alienta también el humor de "Bajo el ombú de Adán", en el cual los muertos juegan a trastocar la historia y a auspiciar la reversión de las convenciones:

Mas no todo es patraña ni es mitología,
pues que la historia misma la vuelven de revés,
y cuentan del asombro que México sería



En temas, citas y procedimientos, *Constancia poética* confirma especialmente el legado hispánico e hispanoamericano. Formas estróficas tradicionales, populares y cultas, el recurso del estribillo, la recurrencia de un léxico arcaico... En las notas a algunas de sus producciones destaca la importancia del romance en sus búsquedas estéticas: "El romance nos transporta a la mejor época de la lengua, trae evocaciones tónicas; la lengua, desperezada, ofrece sus recursos..." (Reyes 1996: 401). Con su savia añeja recorre esta herencia su poesía hasta convertirla en morada de los tesoros de una lengua que siente amenazada, y pide nuevos Quijotes, nuevos Quevedos⁶. Esta demanda contribuye a proteger al peregrino – es una de las imágenes que Alfonso Reyes construye de sí mismo –, frente a las carencias que apunta *El descastado*.

Innumerables poemas atestiguan la fidelidad del poeta al pasado, a los múltiples eslabones que organizan su reverberación múltiple, a pesar de pasajeras rebeliones. Un ejemplo puede ser "San Ildefonso", donde parece debatirse entre renegar del resguardo del recuerdo de la infancia ("... para echarme como animal cansado/ en el revolcadero de la infancia." [1996: 220]) y el sentimiento de pertenencia que de ella le viene.

Quien se dice "náufrago de la espuma de la noche", acosado por "las fieras del recuerdo" (1996: 84), sabe regresar a las lecturas que sustentaron sus primeros ejercicios poéticos. En Cuernavaca, en el gozoso retiro, en donde "el tiempo mismo se suspende y dura" (1996: 404), el mundo clásico vuelve a acompañarlo en la relectura de Homero para el homenaje al amigo muerto, Gabriel Méndez Plancarte. Cuando ya ha apostado a perdurar en hijos y nietos, cuando ya ha ensayado dejar constancia en la labor poética, asumiendo y extendiendo el legado, reescribe, escribe "al margen de la *Ilíada*", *Homero en Cuernavaca*, cuyo último soneto atestigua así esa otra perennidad humana posible en la condición quasi eterna del universo de la poesía:

A siglos de distancia la sangre es siempre una,
e igual es la congoja e igual es el contento.
Oh tierra que me diste la norma con la cuna:

A tu regazo – prenda de mi consentimiento –
de mis pacientes números confío la fortuna,
pues hallo que recogen tus quejas y tu acento. (Reyes 1996: 419)

Bibliografía

Kermode Frank (1983). *El sentido de un final*, Barcelona, Gedisa.

Reyes, Alfonso (1955). *Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia, Obras completas*, Vol. I, México, Fondo de Cultura Económica.

si cruzan el Pacífico las naves de Cortés;

si, fiero, el Padre Hidalgo, del Monte de las Cruces
se lanza sobre México y fusila al Virrey;
y si en vez de esconderse como los avestruces
se pone Comonfort al frente de la Ley; (Reyes 1996: 476)

⁶ Véase el poema "Contra jerigonza".



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



---- (1996). *Constancia poética, Obras completas, Vol. X*, México, Fondo de Cultura Económica. 3ª reimpresión.